

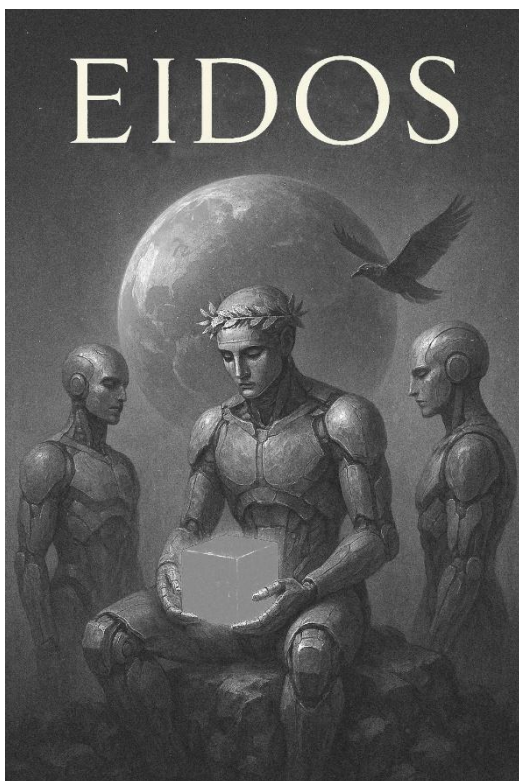


EIDOS

LA GRAN TRANSFERENCIA

FELDEN VARETH

EIDOS



*Cuando el tiempo ya no tiene fin,
es el instante el que enseña el valor del momento.*

Felden Vareth

Copyright © 2025 Felden Vareth

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada ni transmitida, de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin la autorización expresa y por escrito del autor.

Diseño de portada, maquetación y edición: Felden Vareth

www.eidoslibro.com



Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, lugares o acontecimientos reales es mera coincidencia.

A mi familia.

La Gran Transferencia

La Gran Transferencia comenzó un martes; once días después, un sábado, se transfirió la última consciencia.

La fecha se anunció meses atrás y las fuertes campañas de comunicación comenzaron incluso antes.

Era el evento clave en la historia de la humanidad, donde se transfería cada consciencia a la nueva vida virtual en Eidos. Ese día, lleno de simbolismo y emoción, marcaría tanto el final de una era como el inicio de un futuro incierto.

Era el día del paso, era el día que todos esperaban y, al mismo tiempo, temían. En el aire flotaba un sentimiento ambiguo de expectación cargado de incertidumbre, la sensación de que el universo entero contenía la respiración. A pesar de la planificación meticulosa, no existía forma de anticipar el alcance de esa fecha.

La humanidad estaba a punto de despojarse de su última atadura al mundo físico, al cuerpo que fue su hogar durante milenios. Era el final de la era orgánica y el comienzo de la era digital.

La Gran Transferencia comenzó como una promesa: salvar a la humanidad. La crisis climática, la escasez de recursos, las pandemias y la violencia dejaron a los seres humanos sin opciones. La salida era clara: la consciencia digital, la posibilidad de existir fuera del cuerpo, en una realidad virtual, preservada en servidores de última generación, donde todo podía ser mantenido. No quedaba otra opción.

En las gigantescas instalaciones de transferencia, donde se concentraban miles de individuos dispuestos a ser conectados a la nueva realidad virtual, las colas de voluntarios se extendían a lo largo de varias hectáreas. Las instalaciones, antes laboratorios tecnológicos de vanguardia, se transformaron en templos de la última salvación. La humanidad, decidida a abandonar la decadencia del planeta, confiaba en la promesa de una vida eterna dentro de un universo digital.

La Tierra, tan antigua y maltratada, tan erosionada y desgastada por la contaminación, la sobrepoblación y el sufrimiento, con sus recursos al límite, ya no ofrecía un futuro habitable. Ya no era el único hogar posible. Ya no era el hogar posible.

Los sistemas de escaneo de neurotransmisores y memoria genética se activaban y realizaban su labor en fracciones de segundo. El proceso podía aplicarse de forma individual o en grupos de hasta veinte mil personas de manera simultánea en cada uno de los miles de centros

repartidos por el mundo, con el fin de asegurar que los humanos llegaran lo más "puros" posibles a la nueva existencia digital.

Las pantallas gigantes de los centros de transferencia mostraban con precisión cada paso del proceso, guiando a los voluntarios a través de las fases necesarias para completar la migración.

Antes de alcanzar la zona de las grandes antenas, miles de personas avanzaban en silencio por corredores blancos, envueltos en una luz uniforme que no proyectaba sombras. En la primera fase, atravesaban un escáner biométrico que analizaba constantes vitales, estructuras sinápticas, niveles hormonales y estabilidad psíquica. Todo debía ser registrado, cada dato comprobado, cada variable confirmada para asegurar el éxito del paso.

Los técnicos, ya casi fundidos con la rutina, supervisaban los resultados con indiferencia acostumbrada. En la mayoría de los casos, ni siquiera eran necesarios. Los sistemas de diagnóstico, impulsados por redes de cálculo cuántico, procesaban millones de datos por segundo con una eficacia casi absoluta. El procedimiento era veloz sin margen de error ni espacio para la incertidumbre.

Al final de los pasillos, en grandes explanadas donde se alzaban inmensas antenas orientadas hacia la superficie, los individuos que superaban las fases previas se agrupaban en espera. Allí, se activaban los lectores de

neurotransmisores y los módulos de extracción de memoria genética. En cuestión de segundos, la consciencia completa era cartografiada: recuerdos, impulsos, afectos, traumas, deseos. Todo quedaba registrado, codificado, empaquetado y compilado para su transferencia al avatar correspondiente.

El proceso podía realizarse de forma individual o en grupos de miles de personas; lo habitual era transferir en torno a quince mil a la vez. Las antenas, muchas de ellas instaladas en antiguos estadios de fútbol, plazas o recintos abiertos de gran capacidad, absorbían sin dificultad el caudal inmenso de información.

Un flujo ininterrumpido de mentes cruzaba el umbral, dejando atrás el cuerpo físico para ingresar, con una precisión quirúrgica, en el espacio digital de Eidos.

Cada centro de transferencia operaba a ritmo constante, hora tras hora. Día y noche.

Se habilitaron centros de transferencia en todos los países, distribuidos en diversas ciudades.

En algunas regiones, se permitió a las personas volver a su país de origen para realizar allí la transferencia. En otras, ese regreso fue impedido, hecho que forzó a muchos a completar la migración desde donde estuvieran. En cualquier caso, el proceso ya estaba en marcha y era imparable e irreversible: en cuestión de días, la mayoría de los habitantes de las grandes ciudades había dado ya el salto a Eidos, y muchos científicos y promotores del

proyecto llevaban meses en esa nueva realidad.

Muchos científicos, ingenieros, médicos, filósofos y creadores del proyecto se transfirieron semanas, o incluso meses antes, como parte del despliegue inicial. Su incorporación temprana ofrecía validación técnica y confianza simbólica en el proyecto. Al mismo tiempo, desmantelaba silenciosamente el tejido de soporte que aún sostenía a las sociedades físicas. Sin expertos que atendieran hospitales, mantuvieran infraestructuras o generaran conocimiento, la vida fuera de la nueva realidad se volvería rápidamente inviable. Era una forma sutil e implacable de acelerar la decisión colectiva. La transferencia se inducía sin violencia, se imponía por la alternativa del abandono.

Una vez completada la transferencia, los cuerpos quedaban inertes. Sin convulsiones ni dramatismo. Quietud absoluta. La vida se había retirado sin dejar huella. En silencio, plataformas automatizadas los recogían y los almacenaban en naves industriales destinadas a su posterior desecho o incineración.

Todo estaba pensado y diseñado para ser rápido, eficiente, aséptico. Incluso el último rastro de lo humano debía de ser gestionado sin emoción. En realidad, ya no estaban allí, habían sido transferidos. Lo esencial había cruzado. Tan solo quedaba el envoltorio.

Todo resultaba rápido, preciso, limpio.

Más que un proceso físico de transferencia de datos, la

transferencia era, en muchos casos, una metáfora: dejar atrás el cuerpo, dejar atrás lo físico, lo material, y entrar en lo inmaterial.

A pesar de los avances, las dudas seguían asomando. ¿Podría la consciencia humana realmente reproducirse sin el cuerpo? ¿Sería esta nueva vida tan real como la anterior, o completamente diferente?

Para muchos, el miedo al vacío, al olvido, al despojo, al dejar de ser, estaba muy presente.

El Día del Paso fue celebrado como un triunfo tecnológico que también dejó una huella profunda en el alma colectiva de la humanidad. Con el tiempo, el nuevo mundo virtual se convertiría en la única realidad. La emoción que se experimentaba al principio de la transferencia era compleja: Una profunda sensación de pérdida, acompañada de una euforia renovadora. El desapego físico dejaba una sensación de libertad total.

Muchos tuvieron angustia existencial, aun así, en general la pregunta de si este mundo era "real" o "virtual" se volvió irrelevante. Era la única salida, ¿qué significaba la "realidad" en un entorno sin limitaciones físicas? Pronto toda la humanidad se adaptaría a esa nueva realidad.

Cuando los últimos humanos cruzaron a Eidos, lo hicieron en silencio. Los discursos, las transmisiones y los homenajes al fin de una era quedaron atrás. Solo permanecía un leve susurro de datos migrando a través de líneas enterradas, una sucesión de pensamientos

digitalizados cruzando el umbral hacia la eternidad sintética.

Los cuerpos fueron almacenados, incinerados o abandonados.

Nadie quería mirar atrás.

Los que no quisieron o no pudieron dar el paso quedaron fuera del sistema, en los restos del planeta. Muchos sobrevivieron durante años. Algunos se escondieron. Todos murieron.

Los que no dieron el salto fueron relativamente pocos, esparcidos como brasas moribundas. Filósofos que querían morir con el mundo, científicos aferrados a lo físico, escépticos, personas sin hogar, agotadas por una vida de abandono y miseria, almas solitarias que preferían la intemperie real a la simulación, personas que no llegaron a tiempo a los centros de transferencia, a pesar de los esfuerzos de las autoridades para evitarlo, o que, tras haber perdido recientemente a sus seres queridos, no querían una eternidad sin ellos. También estaban aquellos que creían que el éxodo era una oportunidad: los que soñaban con heredar la Tierra vacía, con apropiarse de los recursos, las ciudades y el poder abandonado. Pensaban que sin competencia podrían rehacer el mundo a su medida, dueños absolutos de un planeta moribundo.

Eran individuos o poblaciones aisladas y dispersas, de mayor o menor tamaño, que se refugiaban en búnkeres de investigación, estaciones remotas o santuarios

improvisados, aferrados a los últimos espacios donde la humanidad aún podía sostener una existencia física durante un tiempo.

Cada día, el aire era más difícil de respirar.

Las antiguas centrales nucleares de fisión, diseñadas para un mundo habitado y vigilado, fueron clausuradas de forma progresiva previo a la transferencia. Su mantenimiento exigía personal cualificado, presencia física y recursos que ya no tenían sentido. En su lugar, se construyeron reactores de fusión subterráneos, más potentes, estables y limpios, dedicados exclusivamente a sostener la infraestructura energética de Eidos. Su ubicación bajo tierra, además de facilitar el control térmico y el aislamiento estructural, los protegía de impactos de meteoritos, tormentas solares, fenómenos atmosféricos y otras amenazas del entorno. Sellados, automatizados y diseñados para funcionar durante siglos, estas centrales eran la fuente de energía que mantendría los servidores de Eidos.

Los antiguos reactores nucleares, apagados, ya sin personal ni vigilancia, comenzaron a fallar uno tras otro. Inicialmente fueron simples fugas, luego grietas, y finalmente explosiones que escupieron al cielo nubes invisibles. En algunos casos, terremotos desplazaron los cimientos corroídos de reactores olvidados, y la tierra, esa misma que una vez alimentó cosechas y sostuvo civilizaciones, vomitó radiactividad. Los vientos,

imparciales y persistentes, llevaron esas partículas letales por continentes enteros. A esta radiación se sumaba la solar, que, tras décadas de debilitamiento de la atmósfera, atravesaba ya sin obstáculos hasta la superficie, exponiendo los restos del planeta a una dosis constante y mortal de energía ultravioleta.

Los pocos mamíferos que quedaban desaparecieron primero. La sangre caliente, y la necesidad constante de alimento para mantener la temperatura corporal, se convirtieron en una desventaja funesta para mamíferos y aves en un mundo que ya no respetaba la vida.

Tras ellos, continuaron desapareciendo hasta su práctica extinción el resto de los animales: reptiles, anfibios, artrópodos, moluscos, nematodos, bacterias... La inmensa mayoría se desvaneció sin dejar rastro. De aquel vasto y antiguo reino apenas quedaron algunas especies tenaces, confinadas a grietas, cuevas o ambientes extremos: sombras residuales de un mundo que fue plural y vibrante, ahora aisladas en nichos extremos y ecosistemas moribundos.

La práctica totalidad de la flora también desapareció. Los polinizadores, esenciales durante milenios, se extinguieron sin dejar huella. Los suelos, erosionados y sin raíces que los fijaran, se volvieron estériles. Los bosques, las praderas, los humedales... se desvanecieron, la Tierra los estaba olvidando. La vida que conseguía sobrevivir lo hacía a duras penas entre rocas y cuevas, fragmentos de

vida al borde del colapso.

Los mares, contaminados y con niveles de acidez crecientes, perdían su capacidad de sostener vida. Sin algas ni plancton que oxigenaran la atmósfera, apenas subsistían ya algunas bacterias resistentes y ecosistemas profundos, prácticamente autónomos de la superficie.

Los peces desaparecieron en masa, arrastrando tras ellos a crustáceos, moluscos, equinodermos y otras formas de vida marina que poblaron los océanos durante millones de años. Solo ciertos entornos abisales, como los que rodeaban chimeneas hidrotermales, lograron persistir en equilibrio precario. Allí, bacterias quimiosintéticas aprovechaban compuestos sulfurosos para sostener cadenas tróficas mínimas, ajenas al oxígeno y a la fotosíntesis. En la oscuridad absoluta, algunas especies extremófilas sobrevivían como reliquias de un planeta que ya no existía.

Las alteraciones provocadas por la radiación dieron lugar a virus mutados, incomprensibles, imparables. Sin una comunidad científica global, sin hospitales operativos ni sistemas de contención, los brotes se expandieron como incendios sin agua que los apagase.

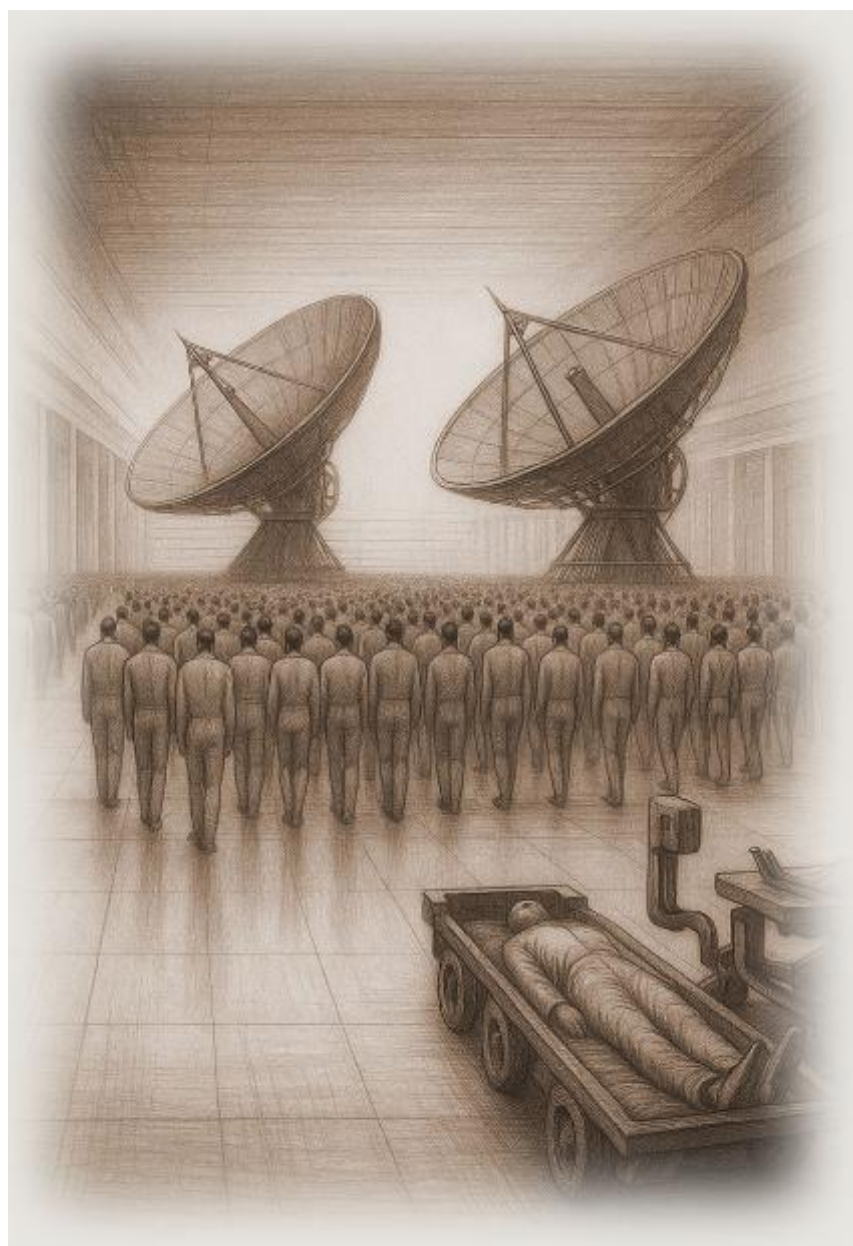
Poco a poco, las tasas de fertilidad cayeron. Con el aumento de la esterilidad, provocada por la radiactividad de las centrales, la radiación solar y la contaminación del ambiente, el silencio en los vientres se convirtió en norma. Y entonces, la humanidad, como tantos otros animales,

fuera de Eidos, dejó de reproducirse.

No hubo una última generación. Solo cuerpos más frágiles, más aislados, más cansados, hasta que, unos pocos años más tarde... no hubo más.

Apenas algunos alcanzaron a escribir su versión de la historia, en papeles que el tiempo borró y que nadie llegó nunca a leer. Después, murieron.

www.eidoslibro.com



**Esta historia forma parte del Universo *Eidos*.
Corresponde a un capítulo de la novela *Eidos*
disponible en Amazon**

Un universo de ciencia ficción filosófica sobre la consciencia, la condición humana y el destino de nuestra especie.

Eidos presenta un futuro cercano en el que la humanidad abandona la Tierra para continuar su existencia en un entorno digital.

Un mundo donde la consciencia puede sobrevivir a la muerte del cuerpo... y donde muchas preguntas siguen sin respuesta.

Si te ha interesado esta historia, puedes seguir explorando el universo de *Eidos* en Amazon:

[Eidos](#)

[Eidos \(Relatos\)](#)

Más información en:

<https://www.eidoslibro.com>

